

Nuevos focos culturales

Las dificultades externas o internas de las Ciudades no frenaron la producción artística, por lo que se ha llegado a hablar de una segunda “edad clásica” donde la multiplicación de los centros artísticos fue base. Atenas ya no era el modelo y sus escultores hubieron de ir a otros lugares en busca de clientela. El Peloponeso se cubrió de construcciones, las Ciudades del Asia Menor rivalizaban en proyectos y ya hemos visto algunos de los logros de las de Occidente. Los artistas circulaban con facilidad e iban de una región a otra, al hilo de los encargos. De allí la difusión de ciertas corrientes y una relativa homogeneidad en las nuevas modas.

Nunca se construyó tanto como en este período. Ciudades nuevas, como Mesene y Megalópolis, reconstrucción de otras junto a las antiguas, como Priene, o barrios nuevos, como Olinto. Se trató de programas ambiciosos que, en general, seguían la planta hipodámica, donde se proyectaron manzanas rigurosamente moduladas y se planificaron los emplazamientos de los edificios civiles y religiosos: el buleuterio con su graderío, el ágora cerrada, rodeada de un pórtico, el gimnasio con su estadio y su palestra o el teatro. Ninguno de esos monumentos era nuevo, pero en el siglo IV fue cuando adquirieron su forma definitiva en piedra. El éxito más cumplido fue el del teatro de Epidauro, capaz de albergar a 14.000 espectadores.

A la vez que los monumentos se plasmaban en piedra, perdían su carácter cívico. Cada vez era más frecuente la costumbre de representar obras antiguas y los actores profesionales iban sustituyendo a los ciudadanos del coro. El teatro se convirtió en una expresión artística a expensas de la manifestación cívica.



Teatro de Epidauro.



También se aprecian nuevas opciones en las construcciones religiosas. Por lo demás, aún se edificaba con destino a los dioses ciudadanos: en Atenas, por ejemplo, en el Ágora, se construyeron dos modestos templos a Apolo, y en Éfeso un grandioso edificio a Artemisa, que pasó por ser una de las siete maravillas del mundo y sustituyó al antiguo, que ardiera en el 356 a. C. Los cultos panhelénicos tradicionales tampoco fueron olvidados: el templo de Apolo en Delfos, destruido por un terremoto, fue reconstruido entre el 366 y el 326 a. C. mediante una suscripción del mundo helénico en la que participaron incluso donantes humildes.



Academia de Platón.



Con todo, se desarrolló el gusto por las formas más diversificadas. Así, las tholoi, templos redondos, construidos en Delfos y Epidauro, jugaron con la diversidad de los materiales. Por ejemplo, en la thymelé de Epidauro, que no era más que el lugar de los sacrificios, aparecieron, en el exterior, los primeros capiteles corintios. Formaba parte del amplio conjunto construido a partir del 380 a. C. en honor de Asclepio, cuyo culto, nacido en Atenas durante la Guerra del Peloponeso, se desarrolló grandemente en el siglo IV y correspondió a una nueva sensibilidad religiosa, más basada en la relación individual, en este caso en la del enfermo con el sanador.

Tales tendencias se aprecian también en el arte del ateniense Praxíteles, que dio gran importancia al estudio del cuerpo de la mujer y transformó las proporciones de la estatuaría al tratar de estilizarla. No obstante, la única estatua original que se conserva es la del Hermes llevando a Dioniso niño, conservada en el museo de Olimpia. La elección del asunto y el sentido del mito nos reconducen a las tendencias religiosas particularmente favorecedoras de los cultos históricos, por oposición a los cívicos. Tendencia, pues, a lo irracional, pero también gusto por otras vinculaciones ajenas a las de la Ciudad.

Las más hermosas estelas del arte ático se fechan a comienzos del siglo IV, mientras que el monumento construido en Halicarnaso por su viuda al sátrapa Mausulo fue obra de los mejores escultores griegos.



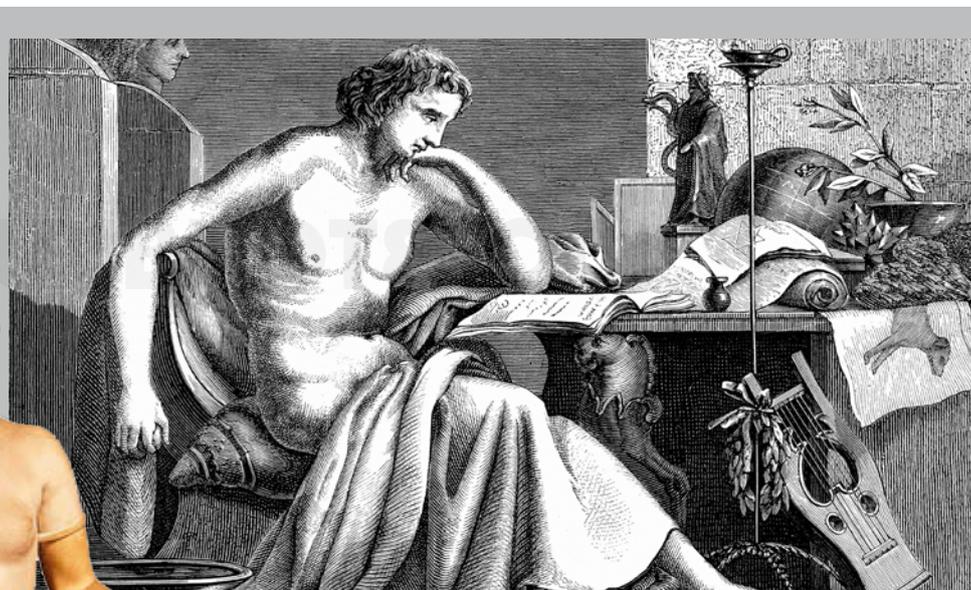
El arte funerario también refleja esta nueva sensibilidad. Las más hermosas estelas del arte ático se fechan a comienzos del siglo IV, mientras que el monumento construido en Halicarnaso por su viuda al sátrapa Mausulo fue obra de los mejores escultores griegos. La influencia del arte persa y las tradiciones griegas se conjugaron en el edificio, que se hizo tan célebre que aún perdura. En él, como en los monumentos de las Nereidas, en Janto, o en los sarcófagos de Sidón, se abandonó el ideal clásico simbolizado en el friso del Partenón por una representación más patética de los temas y por un juego más violento de las actitudes.

La cerámica, por el contrario, sufrió una cierta decadencia. Tras el estilo "florido" de fines del siglo V, se orientó esta vez hacia representaciones más estereotipadas, incluso en Atenas. Ahora bien, tal decadencia será irremediable. No obstante, algunas escuelas originales se desarrollaron en Tebas, con temas humorísticos inspirados en las comedias y, sobre todo, en la Italia del sur. Allí se hallan, entonces, búsquedas pictóricas que marcaron la época. De hecho, la gran pintura se puso tan de moda que dominó a los artistas de la cerámica, los cuales perdieron su originalidad. Por el contrario, la coroplástica, que es el arte de moldear o cocer figurillas o relieves de barro, siguió teniendo éxito, en donde los talleres de Mirina, Tanagra o Tarento suministraron una abundante cosecha de figuras de ofrenda. Ahora bien, no debemos olvidar en esta breve panorámica la importancia de la numismática, donde el arte de sus grabadores logró éxitos particularmente notables.



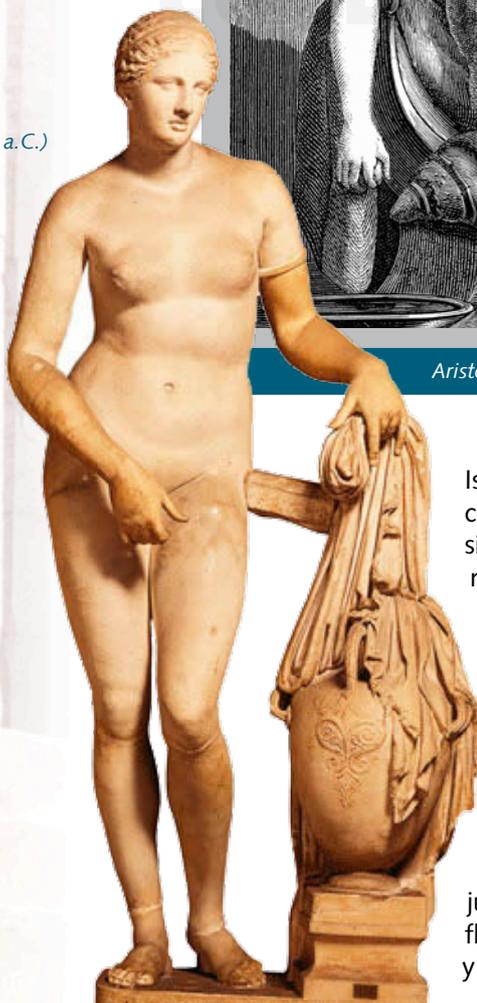
Así, pues, se trata de un período muy rico en el que la nueva sensibilidad religiosa inspira y completa las indagaciones artísticas. Mientras que los cultos cívicos decaen, las ciudades multiplican a la vez construcciones civiles y religiosas en una contradicción sólo aparente, puesto que si bien en algún aspecto se estaba cuestionando el marco de la polis, los griegos siguieron tenazmente afectos al mismo.

Iguals contradicciones hallamos en el plano literario, en el que el papel de Atenas como centro intelectual no se debilitó sino que, muy por el contrario, se implantaron en ella escuelas filosóficas. Tras el paso de los cínicos, vino el establecimiento de la Academia de Platón y, luego, del Liceo de Aristóteles.



Aristoteles estudiando.

Venus de Cnido (siglo IV a.C.)



Isócrates, por su parte, fundó su escuela de retórica y la elocuencia se convirtió en uno de los elementos esenciales de la cultura griega. El siglo IV es, esencialmente, el de la prosa, de la que Jenofonte procuró la más variada colección de muestras. Es, también, una literatura muy "pedagógica": no es casual que muchas obras surgieran de trabajos destinados a los discípulos o fueran presentadas como tales. El intelectual buscaba explicar, convencer e intentar captar el flujo del pensamiento de su auditorio. Estamos lejos de la distancia adoptada por un Tucídides ante el rigor inapelable de la razón, o de la sugestión de Herodoto ante la variedad de culturas. Ya no existe un claro consenso colectivo en el público, por lo que el orador se dirige a menudo a la sensibilidad del individuo, apelando a sus intereses y preguntándose por las articulaciones del juego político sobre las que los contemporáneos ya no tienen influencia. Esta apasionada búsqueda nos procuró las obras de Platón y Aristóteles, que dominan todo el período.



Cuando Platón se estableció definitivamente en Atenas, en el 388 a. C., compró un jardín cercano al gimnasio consagrado al héroe Academo, y al año siguiente fundó su escuela, que tomaría el nombre de Academia. Así, ésta se organizó como un thiasos, con fiestas en honor a Academo, y tuvo un éxito inmediato. Algunos discípulos acudieron para un estudio puramente intelectual, pero muchos eran futuros políticos, como Cabrias y Foción, estrategas atenienses, Eudoxo de Cnido o Aristónimo, legislador de Arcadia.

Platón mismo intentó intervenir directamente en la vida política de Sicilia. Fracásó, y la experiencia le dejó un sabor amargo; en adelante, y hasta su muerte, se consagraría a la enseñanza. La verdad, y no el éxito, era la norma. Así explicaba a sus alumnos, agrupados a su alrededor en las salas del gimnasio. Es más, podría compararse este tipo de enseñanza con el de los seminarios de altos estudios, en los que no se trataba de transmitir una verdad ya elaborada, sino de descubrirla mediante el método inaugurado por Sócrates, el del diálogo colectivo. Por la tarde, la discusión proseguía, a menudo durante el banquete que congregaba a maestro y discípulos. Las matemáticas ocupaban un lugar principal, a lo que contribuyó su alumno Eudoxo. No obstante, no era una enseñanza rígida, y la obra de Platón refleja esa perpetua indagación de la verdad.

Templo de Atenea.



A las preguntas concretas planteadas por la clase política, Platón dio respuestas deliberadamente utópicas: su polis ideal estaba gobernada por filósofos, formados todos en una minuciosa educación que no concluía sino a los cincuenta años.



Su obra se presenta en forma de diálogos y fue Platón quien dio al género su carta de nobleza. De hecho, el propio arte de su prosa no fue indiferente al éxito que logró de manera inmediata. Ahora bien, no podemos resumir aquí la obra de Platón, reivindicada a un tiempo por el idealismo, el misticismo y el racionalismo. Casi es más fácil discernir su influencia ejercida más allá de la Antigüedad y no medir la que tuvo en su tiempo. A las preguntas concretas planteadas por la clase política, Platón dio respuestas deliberadamente utópicas: su polis ideal estaba gobernada por filósofos, formados todos en una minuciosa educación que no concluía sino a los cincuenta años. Las masas estaban cuidadosamente encuadradas y la religión, impuesta. Para todos, comunismo integral de bienes, mujeres e hijos. Es verdad que esta imagen no es definitiva, y que Platón, de un texto a otro, matiza, pero la cesura entre el hombre que sabe, el filósofo, y la masa por encuadrar sigue siendo una de sus obsesiones. No obstante, su pensamiento político está hecho de interrogantes sobre los sistemas de su tiempo, y animó el gran debate sobre la Ciudad que dominó el siglo IV. Antes de verlo en su conjunto, sin embargo, deberíamos examinar primero los intentos, tan distintos, de su discípulo, Aristóteles.



Teatro de Epidauro II.

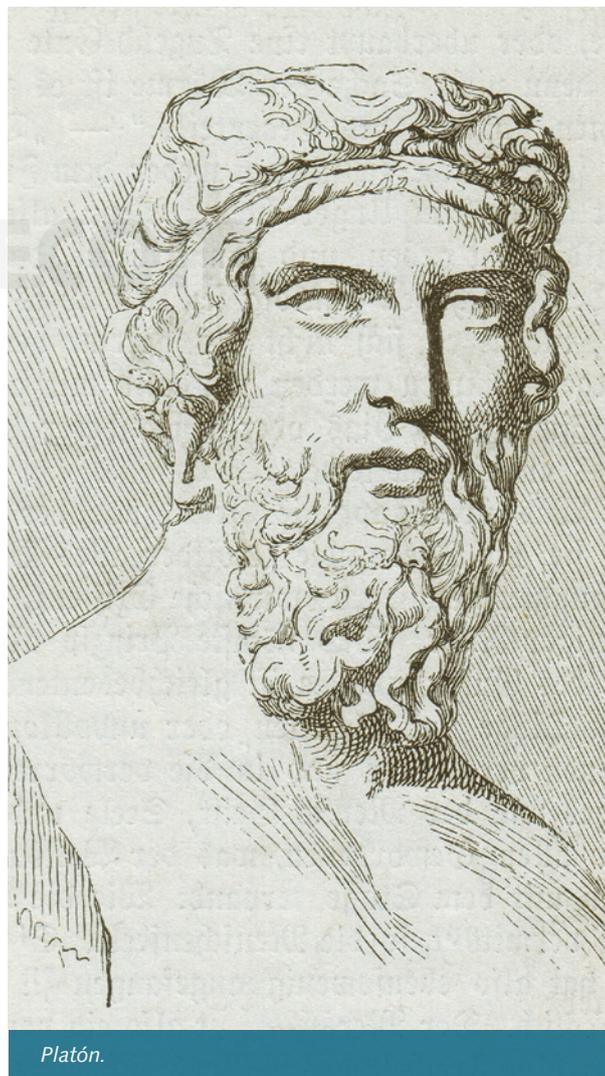
No conocemos la obra de Aristóteles sino por escritos dispersos que formaban parte fundamental de sus cursos y que fueron reunidos en tiempos de Cicerón. Una parte importante fue consagrada a la ciencia del raciocinio y a sus estructuras formales en obras de lógica conocidas con el nombre de órgano. Es sabida la esclerosis que algunas enseñanzas medievales extrajeron de esta gimnasia del espíritu y del estudio de los silogismos disociados de la realidad de las proposiciones pero, en absoluto, era tal el propósito de Aristóteles que intentó despejar un método de razonamiento para el estudio enciclopédico de todo el conocimiento.

Los pensadores se interrogaban ampliamente sobre la Ciudad, su evolución y su futuro.

Estudio de los géneros literarios (Retórica, Poética), de la filosofía (Metafísica) y, también, de las obras de ciencias de la naturaleza, basadas en minuciosas observaciones, tal como sucede en la Historia de los animales, en la que clasificó más de cuatrocientas especies cuyos órganos describe con detalle. Su escuela fue la verdadera fundadora de la zoología, basada en la observación. Hay que añadir, por último, las obras sobre moral y política.

Aristóteles aplicó al estudio de los regímenes políticos los métodos de las atentas indagaciones empleadas en el estudio de la zoología y nos suministró gran número de precisiones. En un espíritu de esa especie estudió Aristóteles al hombre, verdadero animal "político" al quien definió en relación con la sociedad en general y con la que mejor conocía: la polis.

Como puede verse, los pensadores se interrogaban ampliamente sobre la Ciudad, su evolución y su futuro. El siglo IV fue, por excelencia, el de la ciencia política. Ya las últimas obras de Aristófanes evocaban un cierto "comunismo": comunismo de mujeres, comunidad de bienes. La Ciudad, que era la comunidad de los ciudadanos, se preguntaba más o menos conscientemente acerca de sus fundamentos mismos. Sin embargo, si bien es verdad que un bienestar mínimo garantiza la ausencia de tensión, no garantiza un ideal colectivo. De hecho, todos los pensadores políticos se preocuparon por diferenciarse de los sofistas y por situar la virtud y la verdad frente a los apetitos individuales: de ahí la búsqueda de la mejor constitución (politeía) posible. La democracia, tal y como se practicaba en Atenas, no les satisfacía. Platón la condena, sin remisión, y Jenofonte e Isócrates se refieren a una mítica "patrios politeía", cercana al ideal de Terámenes: el poder para el hoplita, eliminación de los más pobres y lenificación de las cargas de los ricos. Aristóteles, en cambio, es más matizado: partidario de una soberanía colectiva, querría limitarla sin conceder demasiados poderes a los magistrados. Así, lega a formas moderadas de gobierno oligárquico y comprueba la existencia de tales gobiernos, basados en el censo. Sin dudas, Platón rechaza resueltamente ese tipo de régimen.



Platón.

Así las cosas, todos estos programas buscaban reconstituir un cuerpo restringido de ciudadanos y una oligarquía basada en la posesión de un kleros. No obstante, a la vez que surgían estas cuestiones, avanzaba la idea monárquica. Desde luego, se condenaba la tiranía, encarnada por Dionisio el Antiguo, por ejemplo; pero se la oponía a una monarquía que debía basarse en la virtud y en la eficacia. Así, Isócrates miraba hacia Filipo II de Macedonia y Jenofonte describía con admiración a Agesilao. Pero tales tendencias no llegaban hasta su término lógico. Únicamente Aristóteles veía que existía contradicción entre la monarquía y el régimen de la polis, pues los interrogantes seguían siendo intelectuales: los problemas de la Ciudad, financieros o fundiarios, no eran los filósofos quienes iban a arreglarlos. Por lo demás, éstos ya no participaban en la vida política ni tampoco podían medir el avance de un ideal nuevo, individual.

El griego, con sus preocupaciones e intereses personales, ya no contemplaba el definirse únicamente como miembro de la comunidad cívica. La política dejó de ser la actividad normal del ciudadano y los ricos hacían su servicio a la Ciudad como lo haría un extranjero. La Ciudad ya no podía proponer la cohesión de su cuerpo cívico, por lo que tendió a rechazar a una parte de éste, la cual quedó presta a expatriarse y a recuperar en otro lado su orgullo. La segunda diáspora helénica podrá encontrar en ella sus tropas.



Mausoleo de Halicarnaso.